

Eduardo Carranza

Aquí espera Eduardo Carranza.

Eduardo Carranza. el oído en el corazón



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.

BOGOTÁ
HUMANANA

SECRETARÍA GENERAL



el oído
Eduardo Carranza. en el
corazón



.

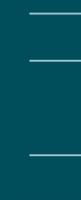


Eduardo Carranza.

el oído

en el

corazón



GUSTAVO PETRO URREGO Alcalde Mayor de Bogotá D.C.
MARÍA SUSANA MUHAMAD GONZÁLEZ Secretaria General
GUSTAVO ADOLFO RAMÍREZ ARIZA Director Archivo de Bogotá

NICOLÁS PERNETT Edición

BERNARDO VASCO BUSTOS Coordinación editorial

ORLANDO DÍAZ ROMERO Investigación

MÓNICA LILIANA REYES DUARTE Concepto gráfico, diagramación y armada electrónica

BLANCA DUARTE . MÓNICA LILIANA REYES DUARTE Retoque digital

Agradecimientos a

ÁLVARO CASTAÑO CASTILLO

JUAN CARRANZA CORONADO

JERÓNIMO CARRANZA

Fotografías cortesía familia Carranza y HJCK

SUBDIRECCIÓN IMPRENTA DISTRITAL D.D.D.I Impresión

ISBN
978-958-717-158-7

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo escrito de sus autores. Cualquier reproducción de esta publicación debe ser autorizada por la Secretaría General de la Alcaldía Mayor de Bogotá D.C.

© Secretaría General Alcaldía Mayor de Bogotá D.C.
Primera edición 250 ejemplares
2013



• Joven Eduardo Carranza en su época de profesor.



• Dando un discurso junto a la estatua de Gonzalo Jiménez de Quesada.

Eduardo Carranza: el oído en el corazón.

En 2013 el país celebra el Año Eduardo Carranza para conmemorar el centenario del nacimiento de este poeta insigne, de fuerte carácter y suaves palabras, que exploró los territorios más sonoros de la armonía poética en Colombia. Todavía hoy la poesía de Eduardo Carranza le habla a nuestra sensibilidad con la fuerza con que lo hizo en la década de 1930, cuando aparecieron sus primeros poemarios. En la Colombia de esa época, en la que todavía imperaba la herencia de la poesía modernista, con sus motivos exóticos y sus lúgubres ambientes, la poesía de Eduardo Carranza, y del movimiento Piedra y Cielo que capitaneó, vino a traer un aire de frescura y vitalidad que renovó profundamente las letras y motivó a nuevos poetas a tomar la pluma.

Eduardo Carranza llegó siendo muy niño a Bogotá y permaneció en ella hasta el día de su muerte, excluyendo sus muchos viajes y su temporada como diplomático en Chile. En Bogotá, Eduardo Carranza se integró rápidamente a la vida cultural y literaria de la ciudad. En 1935, con los escritores Darío Samper, Tomás Vargas Osorio, Carlos Martín, Gerardo Valencia, Jorge Rojas y Arturo Camacho Ramírez, creó el grupo “Piedra y Cielo”, cuyo nombre fue tomado del libro *Piedra y Cielo* del poeta español Juan Ramón Jiménez, a quien admiraban y seguían. Organizados como editorial y con aspiraciones de movimiento literario, publicaron los *Cuadernos de poesía de Piedra y Cielo*.

También en Bogotá, Eduardo Carranza dirigió *Altiplano. Gaceta Literaria* (con Jorge Rojas y Carlos Martín), la *Revista del Rosario*, la *Revista de las Indias*, la *Revista de la Universidad de los Andes* y el “Suplemento Literario” de *El Tiempo*, diario del que fue columnista. Ingresó

en la Academia Colombiana de la Lengua en 1942. Dirigió la Biblioteca Nacional de Colombia (1948-51), la Biblioteca del Distrito Especial de Bogotá y fue coordinador de la red de bibliotecas de la ciudad. Carranza recibió la Medalla de Bogotá en 1978 y hasta el día de su muerte, en 1985, continuó impartiendo su sabiduría y su amor por las letras en la capital de la República.

Hoy, cuando el romanticismo se basa en lugares comunes y poco imaginativos, solo podemos imaginarnos lo que significaron los primeros sonetos de Eduardo Carranza en los amores de los jóvenes colombianos de mediados del siglo XX, quienes empezaron a dedicarle a sus novias esos versos inolvidables que hablaban de muchachas que se convertían en arroyos, y en cuyas frentes el cielo empezaba; poemas en los que la música se mezclaba con la brisa de los llanos y en los que las palmeras se extendían hasta los elevados cielos azules. Estos poemas se memorizaban, se recitaban, se regalaban en esquelas perfumadas, y eran leídos y releídos hasta enterrarse profundos en el corazón.

Años después, cuando ya Carranza se había convertido en un “poeta nacional”, un dedicado bibliotecario y una figura prominente en la cultura y la política colombianas, volvería a tocar en su poesía las fibras más hondas del ser, esta vez en sublimes reflexiones sobre la tristeza del corazón y la llegada irremediable de la muerte para el hombre y para todos los que lo acompañan en su camino. Poemas como “Epístola mortal”, de la época más madura de Carranza, siguen produciendo escalofríos a quienes nos acercamos a él para comprender que la muerte es la más vital y eterna de las presencias.

La poesía es también memoria de la ciudad y del país; y qué mejor ocasión para recordar una de las voces más altas de nuestras letras que el centenario del natalicio del poeta, una oportunidad más para que la poesía se pose, azul, sobre Bogotá y el país.

• **Gustavo Adolfo Ramírez Ariza**
Director Archivo de Bogotá



• Eduardo Carranza en su juventud.



• Eduardo Carranza rodeado de la belleza colombiana.



• Eduardo Carranza en compañía de Nicolás Guillén y Pablo Neruda.

Palabras de un poeta a otro poeta.

El 1 de junio de 1946 los poetas de Chile ofrecieron una comida homenaje a Eduardo Carranza en el tradicional restaurante La Bahía, de Santiago. Encabezaban la convocatoria pública Pablo Neruda, Pedro Prado, Vicente Huidobro, Víctor Domingo Silva, Jerónimo Lagos Lisboa, Ángel Cruchaga Santamaría, Juvencio Valle y Nicanor Parra.

Neruda ofreció a Carranza un homenaje con las siguientes palabras:

Querido Eduardo, poeta de Colombia:

Cuando por muchos años y por muchas regiones mi pensamiento se detenía en Colombia, se me aparecía tu vasta tierra verde y forestal, el río Cauca hinchado por las lágrimas de María y planeando sobre todas las tierras y los ríos, como pañuelos de terciopelo celestial, las extraordinarias mariposas amazónicas, las mariposas de Muzo. Siempre vi tu país al través de una luz azul de mariposas, bajo este enjambre de alas ultravioletas, y vi también los caseríos desdoblados en este tembloroso vaivén de alas, y luego vi la historia de Colombia seguida por un cometa de mariposas azules: sus grandes capitanes, Santander, Bolívar, con una mariposa luminosa posada en cada hombro, como la más deslumbrante charretera, y a tus poetas, infortunados como José Asunción o como Porfirio, o soberbios como Valencia, perseguidos hasta el fin de su vida por una mariposa, que olvidaban de pronto en el sombrero



o en un soneto, mariposa que voló cuando Silva consumó su romántico suicidio, para posarse más tarde tal vez sobre tus sienas, Eduardo Carranza.

Porque tú eres la frente poética de Colombia, de esa Colombia dividida en mil frentes, de esa patria sonora, poblada por los cantos secretos de la enramada virginal y por el alto y desinteresado himno de la poesía colombiana. En tu patria se acumuló en el subsuelo la misteriosa pasta de la esmeralda, y en el aire se construyó como una columna de cristal la poesía.

Déjame recordar hoy a esta fraternidad de poetas que allí pude amar y conocer. Te gustaría, colombiano loco, que estén tus amigos en esta fiesta. Mirad aquí entre nosotros a este extravagante caballero escandinavo que entra por esa puerta: es León de Greiff, alta voz coral americana. Mirad más allá a ese gran gastador de café, de vida y biblioteca: es Arturo Camacho Ramírez, dionisiaco y revolucionario; aquí a Carlos Martín, que recién ha pescado tres versos aún empapados de floraciones extrañas en el recodo caimánico de su río natal;

aquí viene Ciro Mendía, recién llegado de Medellín, con su lira silvestre bajo el brazo, y su noble porte de fogonero marino, y por fin aquí tienes a tu gran hermano, a Jorge Rojas, de gran cuerpo y de gran corazón, recién salido de su poesía escarchada, de su epopéyica misión submarina en que sus victorias fueron condecoradas por la sal más difícil.

Pero tú das aquí y esta noche el rostro de todos estos queridos ausentes.

En tu poesía se cristalizan, cuajándose en mil rosetas, las líneas geométricas de vuestra tradición poética, y junto a su vigor un sentimiento, un aire emocionante que toca todas las hojas del Monte Parnaso americano, aire de vida y melancolía, aire de despedida y de llegada, sabor de dulce amor y de racimo.

Hoy llegas a nuestro huracanado territorio, al vendaval oceánico de nuestra poesía, de una poesía sin más norma que la de sus vitales exploraciones, de una poesía que cubre desde Gabriela Mistral y Ángel Cruchaga hasta los últimos jóvenes, todas las arenas y los bosques, y los abismos y los senderos, como una clámide agitada por la furia del viento marino.

Con este abrazo irregular y con esta fiesta alegre te recibimos entre lo más nuestro, y lo hacemos en la conciencia de que eres un trabajador honrado del

laboratorio americano, y que tu copa cristalina nos pertenece, porque en ella pusiste un espejo vivo de transparencia y sueño.

Cuando llegué a tu Colombia natal me recibieron tus hermanos y compañeros, y recuerdo que en aquel coro de tan poderosa fraternidad, uno de los más jóvenes y de los más valiosos me reprochó en lenguaje de sin igual dignidad esta última etapa de mi vida y de mi poesía, consagrada férreamente al futuro del hombre y a las luchas del pueblo.

No contesté apenas, sino siendo yo mismo, delante de vosotros, para que vierais lo natural que en mí eran por igual mi vocación poética y mi conducta política. No contesté porque estoy contestando siempre con mi canto y con mi acción muchas preguntas que se me hacen y me hago. Pero tal vez las contestaría todas diciendo que al luchar tan encarnizadamente estamos defendiendo, entre otras cosas puras, la poesía pura: es decir, la libertad futura del poeta para que en un mundo feliz, esto es, un mundo sin harapos y sin hambre, puedan surgir sus cantos más secretos y más hondos.

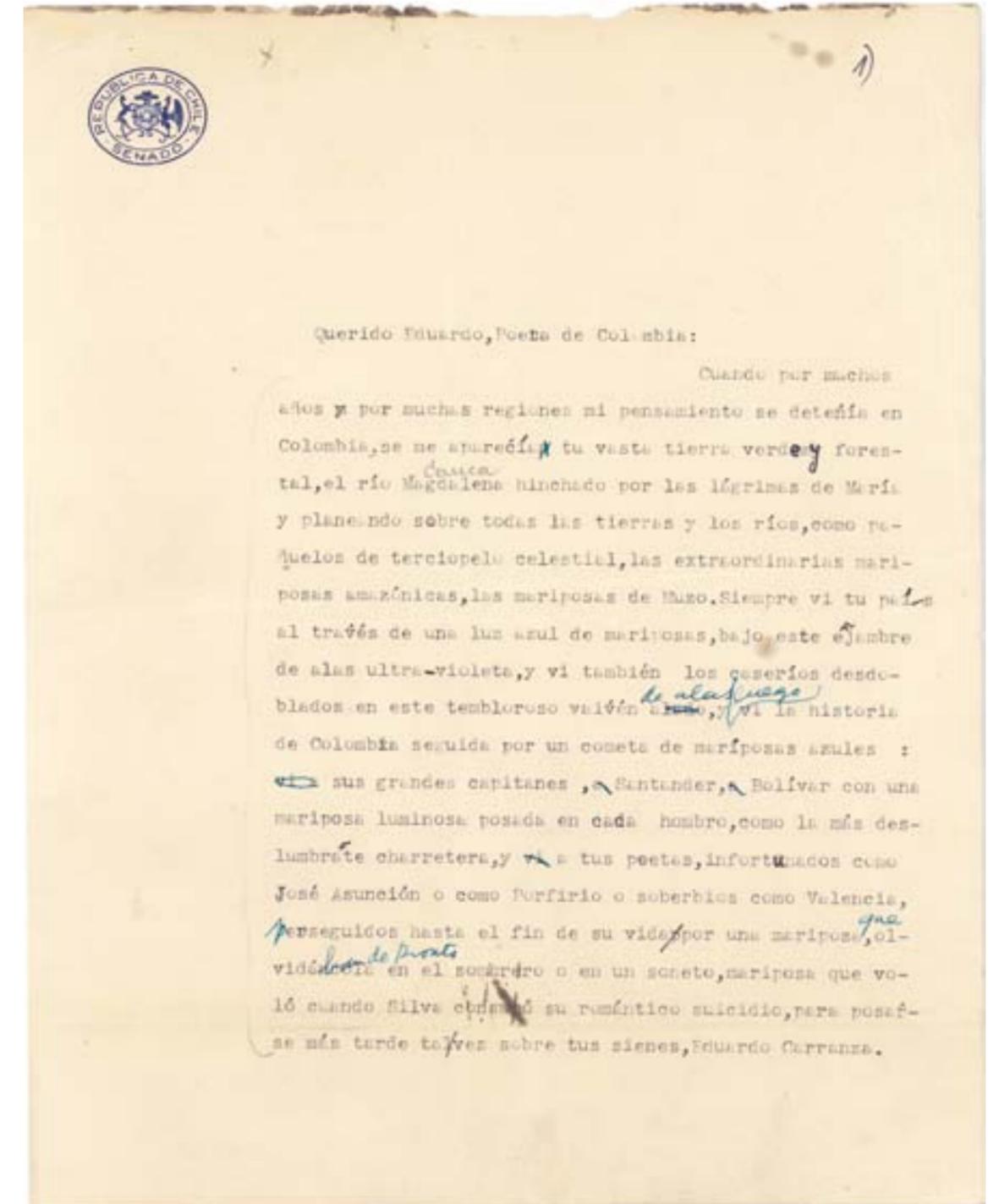
Así, pues, a mi paso por Colombia, no me negué a las emanaciones de vuestra concepción estética, sino que hice mías también vuestra investigación, vuestros problemas y vuestros mitos. Entré en vuestras bellas salas rectangulares, y cuando, por sus ventanas entraba el ancho crepúsculo de Colombia, me sentí rico con vuestra pedrería, luminoso con vuestra luz diamantina.



Así también, hoy que vienes a vivir y a cantar entre nosotros te quiero pedir, en nombre de nuestra poesía desde los piececitos descalzos de Gabriela y los poemas en que por la boca de Víctor Domingo Silva hablaron hace ya tiempo los dolores de un pueblo lleno de sufrimientos, hoy te pido que no te niegues al destino que habrá de conquistarte, y que vayas separando algo de tu bien henchido tesoro para tu pueblo, que es también el nuestro. Marineros de las balsas de tus grandes ríos, pescadores negros de tu litoral, mineros de la sal y de las esmeraldas, campesinos cafeteros de casa pobre, todos ellos tienen derecho a tu pensamiento, a tu atención y a tu poesía, y qué gran regalo nos harás a los chilenos, si tu vida en nuestra tierra austral, tan hermosa y tan dolorosa como toda la América nuestra, llega a empaparse de los oscuros dolores de los pueblos que amamos y por cuya liberación batallará tu valiosa, fértil y resplandeciente poesía.

Basta de estas palabras, aunque ellas te llevan tanto cariño nuestro. Hoy es día de fiesta, en tu corazón y en esta sala. Hoy ha nacido en una calle de Santiago, entre cuatro paredes chilenas, un hijo tuyo. A tu mujer, la dulce Rosita Coronado, le darás cuenta de nuestra ternura. Y para ti esta fiesta con flores de papel picado, cortadas por nosotros mismos, con guitarras y vino de otoño, con los nombres de algunos de los que en tu tierra veneramos, y con un fuego de amistad entre tu patria y la nuestra, que tú has venido a encender, y que debe levantarse alto, entre la piedra y el cielo, para no apagarse nunca más.

• Documento original con las palabras del mensaje de Pablo Neruda a Eduardo Carranza.





2)

Porque tú eres la frente/poética de Colombia, de esa Colombia dividida en mil frentes, de esa patria sonora, poblada por los cantos secretos de la enramada virginal y por el alto y desinteresado himno de la poesía colombiana. En tu patria se acumuló en el subsuelo la misteriosa pasta de la esmeralda, y en el aire se construyó como una columna de cristal la poesía.

Déjame recordarte hoy a esta fraternidad de poetas que allí pude amar y conocer. Te gustafé, colombiano loco, que estén tus amigos en esta fiesta. Mirad aquí entre nosotros a este extravagante caballero escandinavo: es Lin de Greiff, alta voz coral americano. Mirad más allá a ese gran gastador de café, de vida y de biblioteca; es Arturo Camacho Ramírez, dignisímo y revolucionario; aquí tienes a Carlos Martín, que recién ha pescado tres versos sin estropajo de fibraciones extrañas en el record de un río; aquí viene Giro Mendía, recién llega de ^{Guatemala} ~~Costa~~, con su lira silvestre bajo el brazo, y su noble porte de fogonero marino; y por fin aquí tienes a tu gran hermano a Jorge Rojas, de gran cuerpo y de gran corazón, recién salido de su poesía encachada, de su epéyica misión submarina en que sus victorias fueron condecoradas por la sal más difícil.



¡aquí y siempre!

¡juntos o sin rigor!

Pero tú das el rostro de todos estos queridos ausentes. En tu poesía se cristalizan, pujándose en mil rosetas, las líneas geométricas, de vuestra tradición poética, y un sentimiento, un aire emocionante que toca todas las hojas del monte Parnaso americano, aire de vida y de melancolía, aire de despedida y de llegada, sabor de dulce amor y de racimo.

el oído
en el
corazón



Hay llagas a nuestro huracanado territorio, al vendaval oceánico de nuestra poesía, de una poesía sin más norma que la de sus vitales exploraciones, de una poesía que cubre desde Gabriela Mistral y Angel Cruchaga hasta los últimos jóvenes, todas las arenas y los bosques y los abismos y los senderos, como una ola-mide agitada por la furia del viento marino.

Con este abrazo irregular y con esta fiesta alegre te recibimos entre lo más nuestro, y lo hacemos en la conciencia de que eres un trabajador honrado del laboratorio americano, y que tu copa cristalina nos pertenece porque en ella pusiste un espejo vivo de transparencia y sueño.

Cuando llegué a tu Colombia natal me recibieron tus hermanos y compañeros, y recuerdo que en aquel coro de tan poderosa fraternidad, uno de los más jóvenes y de los más valiosos me reprochó en lenguaje de sin igual dignidad esta última etapa de mi vida y de mi poesía, consagrada ferreamente al futuro del hombre y a las luchas del pueblo.

No contesté apenas, sino siendo yo mismo, delante de vosotros, para que vierais lo natural que en mí eran por igual mi vocación poética y mi ^{conducta} vocación política. No contesté porque estoy contestando siempre con mi canto y con mi acción muchas preguntas que se me hacen y me hago. Pero tal vez las contestaría todas diciendo que al luchar tan encarnizadamente estamos defendiendo, entre otras cosas y



puras, la poesía purares decir, la libertad futura del poeta para que en un mundo feliz, esto es un mundo sin barapos y sin hambre, puedan surgir sus cantos más secretos, y más hondos.

Así pues, a mi paso por Colombia, no me negué a las emanaciones de vuestra concepción estética, sino que hice mías también vuestra investigación, vuestro problema y vuestro mito. Entré en vuestras bellas salas rectangulares, y cuando, por sus ventanas entraba el ancho crepúsculo de Colombia, me sentí rico con vuestra pedrería, luminoso con vuestra luz diamantina.

Así también, hoy que vienes a vivir y a cantar entre nosotros te quiero pedir, en nombre de nuestra poesía, desde los piecitos descalzos de Gabriela y los poemas en que por la boca de Victor Domingo Silva hablaron hace ya tiempo los dolores de un pueblo lleno de sufrimiento, hoy te pido que no te niegues al destino que habré de conquistarte, y que vayas separando algo de tu bien henchido tesoro para tu pueblo, que es también el nuestro. Marineros de las balsas de tus grandes ríos, pescadores negros de tu litoral, mineros de la sal y de las esmeraldas, campesinos cafeteros de casa pobre, todos ellos tienen derecho a tu pensamiento, a tu atención y a tu poesía, y qué gran regalo nos harás a los chilenos, y a los grandes poetas asesinados como Federico, como Machado, como Miguel Hernández, si tu vida en nuestra tierra austral, tan hermosa y tan dolorosa,



como toda la América nuestra, llega a empaparse de los oscuros dolores de los pueblos que amamos y por cuya liberación batallará mañana tu valerosa, fértil y resplandeciente poesía.

Hasta de estas palabras, nunca ellas te lleven tanto cariño nuestro. Hoy es día de fiesta, en tu casa y en esta sala. Hoy ha nacido en una celda de torturas, entre cuatro paredes chilenas un hijo tuyo. Tu mujer, la dulce Rosita Coronado le dará cuenta de nuestra ternura. Y partí esta fiesta con flores de papel picado, cortadas por nosotros mismos, con guitarras y vino de otoño, con los nombres de algunos de los que en tu tierra veneramos, y con un fuego de amistad entre tu patria y la nuestra que tu has venido a encender, y que debe levantarse alto ~~alta~~, entre la piedra y el cielo, para no apagarse nunca más.



• Eduardo Carranza en una cena acompañado por Camilo José Cela.

*Quando, tóco tu frente tóco sueños.
Tóco luna y aroma del futuro.
Me tóco vivo, hermosamente vivo,
en la lejana*

“Carranza se ha jugado
entero en su oficio de
escribir y nada ha
omitido, ni aun ese trágico
desengaño final, para
entregar, como él mismo ha
dicho, su corazón escrito”.

Fernando Charry Lara





• Eduardo Carranza y Gloria Valencia de Castaño en la HJCK (cortesía emisora HJCK).

Gloria Valencia de Castaño entrevista a Eduardo Carranza
Gloria Valencia de Castaño entrevista a Eduardo Carranza

Abril de 1974

Gloria Valencia de Castaño: Cuando yo leo a Eduardo, cuando leo su última obra, cuando repaso, por ejemplo, los poemas que él grabó para el disco de la HJCK hace ya bastantes años, me tropiezo eternamente con poemas en los que salta el niño, en los que salta la infancia de Eduardo. En el disco de la HJCK me encuentro el retrato de la madre en un balcón, luego me encuentro un niño distinto y otro más. En cualquiera de los libros, siempre está el niño. ¿Por qué no hablamos de eso Eduardo?

Eduardo Carranza: Yo creo y he creído siempre que somos desde siempre y para siempre el niño que fuimos. La infancia permanece como el núcleo esencial de nuestra persona, un núcleo de ternura, de ilusión, de ensueño, de poesía, un núcleo irrenunciable. Si renunciamos a la infancia, renunciamos al pasado, a la nostalgia, a la ternura y a la poesía. Es esa lontananza azul de la infancia lo que nos ayuda a vivir, es decir, a morir. De ello hay muchos testimonios en mi poesía: el poema “El sol de los venados”, donde veo a mi madre joven, todavía paseando por un balcón crepuscular; a lo lejos, en las montañas, ese último sol como un dorado rosental, ese sol mental, ese sol cordial, como soñados por la frente de una muchacha. Veo a mi madre, joven, cantando, y me parece recordar que con su canción se mecían las hamacas.

G. V. de C.: Ese es un bello recuerdo; pero hay otro más que está justamente en este último poema, y yo no quiero leer ese poema ni quiero que Eduardo lo lea, sino que nos hable de ese recuerdo de un pajarito de colores que hubo alguna vez.



E. C.: Esto era en una hacienda a orillas del río Magdalena. Entonces era el río grande, verdaderamente era el Magdalena. La hacienda se llamaba Las Islas, y había tres islas que han desaparecido con el río. Recuerdo un paseo en una balsa, que casi se hundía al peso de la juventud, de alegría y de las canciones. Recuerdo la voz de mi padre cantando sus antiguas sabaneras y recuerdo que desembarcamos en la isla y recuerdo un huerto de árboles frutales y recuerdo unos inmensos caracolís a cuya sombra bailaban las parejas juveniles, mientras este niño de 3 o 4 años se hundía en el huerto y luego seguía el bosque; y apareció un pájaro de colores y el niño perseguía el pájaro de colores y, cuando lo iba a tocar con la mano, el pájaro lo oía y saltaba más adelante y el niño lo perseguía. Ese pájaro se ha convertido para mí en el símbolo de la infancia. No solamente de la infancia, sino

de lo inasible, del ensueño en el sentido “machediano” de la poesía. Lo que estamos a punto de tocar y no podemos tocar.

G. V. de C.: Y en el momento en el que lo vamos a alcanzar, escapa, y siempre tiene colores más brillantes, sobre todo cuando lo recordamos. Eso está en un poema de Eduardo en este libro, pero no es ese poema el que yo quiero que Eduardo lea cuando hablamos de la infancia. Aquí hay uno que se llama “El niño del retrato”. Yo quiero rogarle a Eduardo que lo lea esta noche.

E. C.: Este poema alude a alguno de aquellos retratos que hace medio siglo nos hacían con un telón de fondo. En este caso es un telón en el cual está el mar y largas nubes doradas. Imagino en primer plano una barca con tres niños, el mayor es el capitán de la barca y está al timón. A esa fotografía alude este poema.



El niño del retrato

*Entre cuantos he sido me perturba,
más que ninguno otro aquel
de la barca: vestido de marinero.
La frente que ya todo lo soñaba
y ojos desamparados.*

*Y a veces me desvelo imaginando
Cómo tocar podré esa mano mía,
cómo podré volver a esa mirada
donde volaban visionarios ángeles
hacia mi ahora:*

*Donde los días caminan en silencio
hacia el secreto adolescente triste
y el joven victorioso en su relámpago
y el que su vida atravesó, jinete
en rojo potro.*

*Me hago el dormido a veces esperando
despertar a ese niño del retrato
que duerme por los siglos de los siglos
-y en el fondo del tiempo y de mi vida-
y que ya te miraba.*

G. V. de C.: Es es uno de los recuerdos de infancia de Eduardo. Es impresionante oírlo y es impresionante comprobarlo una vez más en ese eterno regreso a ese territorio del pasado. Hablábamos hace un momento con Eduardo de instantes, de modos, de maneras de la poesía. Si fuéramos a definir a Eduardo, esa poesía de ahora y de siempre, ¿cómo la definiríamos?, ¿cuál sería la manera de esa poesía para definirlo?

E. C.: La poesía tiene obviamente varios modos y maneras de ser. Para situarlos con unos cuantos nombres en Colombia podríamos decir: el modo de Valencia, el modo de Silva, el modo de Pombo, el modo de Julio Flórez. Hay un modo en poesía que es aquella del idioma fluyente temporal y confidencial, poesía en la cual un alma, un sentimiento, una sensibilidad, una conciencia, el parpadeo en un instante, una experiencia, se vierte como se vierten los días hacia la intimidad de los demás: es la poesía que narra sucesos del alma. Lo único exigible a esa poesía es que sea personal y auténtica, porque solamente el poema que expresa a un hombre interior, singular y personal, nos expresa a todos y

expresa lo genéricamente humano. Solamente la confesión de un hombre entero nos incita, nos impulsa a salir al encuentro de nosotros mismos con los brazos abiertos. Ahora, quien algo sepa de amistad, de amor o de simple vida compadecida, vida acompañada, sabe que la intimidad del otro solamente se conquista al precio de nuestra propia intimidad. Creo que esta es mi manera de poesía: la poesía temporal, confidencial y fluyente.

G. V. de C.: Eduardo, para llegar a esa poesía, para llegar a expresarla, para llegar a entregarla, a capturarla, se necesita que haya un clima propicio, se necesita un ámbito para hacerla, para crearla. Hablemos de esa intimidad, hablemos de ese momento suyo cada año, cada época, cada momento en que usted escribe. Cuénteme en qué sitio, en qué lugar captura usted ese interior suyo para volverlo poesía.

E. C.: En los más impensados lugares: en un tren, en un avión, caminando por la calle, desvelado en mi casa, solitario a las tres de la mañana (como escribí mi soneto “El insomne”). Este libro, por ejemplo, ha sido escrito en cien días, en un borbotón, porque hay un momento en que las experiencias, llámense ternura, melancolía, soledad o amor, se hacen inesperadamente poderosas y tienden a expresarse en la escritura poética. En la Clínica San José escribí algunos de estos poemas en unos días de reposo absoluto, de entrega total.

G. V. de C.: Eduardo, lo interrumpo porque eso es muy interesante. Cuénteme todo lo que rodea ese ingreso suyo a la clínica. Cómo se siente al llegar a la Clínica San José, cómo esto se ha vuelto una cosa periódica en usted.

E. C.: Sí, es casi un hábito. Un hábito anual de abdicar por una temporada; abdicar de mi voluntad. Simplemente, en el fondo, somos personas, seres radicalmente desamparados y solos; entonces, darnos la protección de otros, quedar bajo el alero de otros, que es una manera de quedar en lo inaugural y original de nuestras vidas: el alero materno.

G. V. de C.: Eduardo dice que cuando pasa el umbral de San José piensa que ya quedó en manos de las monjas, de los médicos, ¿no es así?

E. C.: Así es.

G. V. de C.: De las enfermeras, de toda esta gente que se hace cargo de él. Entonces ya absolutamente desamparado, porque está amparado por una serie de personas, usted se siente feliz, ¿no es esto?

E. C.: Sí, ahora escribo para publicarlo.

G. V. de C.: Ese es otro punto importante, Eduardo. Hablemos de eso.

E. C.: Yo creo que un poema solamente es real y existe cuando es recibido por alguien; por eso yo creo que se escribe para publicarlo, escribimos para manifestarnos, para que nuestro ser sea confirmado por otros. Yo creo que cuando canta un poeta entero y verdadero, cantan todos los hombres y el mundo se manifiesta y se adivina a Dios. Mi suma aspiración como poeta y como hombre es escribir una poesía situada en el hombre entero, no solamente sobre el cimienta enardecido de los sentidos, no solamente sobre las abstracciones espirituales, sino en la total integridad del hombre, naturaleza sobre naturaleza, historia y libertad, la sangre y los sueños. Entonces escribo también para entrar en el otro, entrar en el *tú* y al mismo tiempo que el *tú* posea mi mundo, este mundo que a veces se me transfigura en las entrañas, como Cristo en el Tabor, y a veces me sufre y me sangra y me crucifica. Si yo no pudiera manifestarme -y me manifiesto escribiendo- siento que mi ser y mi mundo se hundiría; de modo que por eso creo que una de las pocas formas de comunicación de afirmación, de salir de nuestra radical soledad de hombres, es la palabra poética.

G. V. de C.: Es tan importante lo que dice Eduardo y tan cierto en relación con él mismo que el Eduardo Carranza que estamos viendo hoy en este abril primaveral de 1974 es exactamente igual al Eduardo Carranza de la década de los 40 o 50. Ha rejuvenecido, está lleno de vitalidad, está lleno de ímpetu, está nuevo, joven, ¿es cierto?

E. C.: Sí

G. V. de C.: Todo por el libro.

E. D.: Y sintiendo una circulación poética por mis venas que de pronto se resuelve en este chorro muriente que quiere tocar mis más altas estrellas.



• Eduardo Carranza: el niño del retrato.

*¿Qué te cuantos no supo me perturba,
más que ninguno otro, el niño aquel
de la barca: vestido marinero
la frente que va todo lo soñaba*

“En contra de la
altisonancia predominante,
Carranza opuso un
adelgazamiento verbal y
un acento más fino, hecho,
casi siempre, de nostalgia”.

Juan Gustavo Cobo Borda



P. Carr
CARACAS 1965



• Eduardo Carranza y Jorge Gaitán Durán.

Palabras de amistad a Eduardo Carranza
Palabras de amistad a Eduardo Carranza

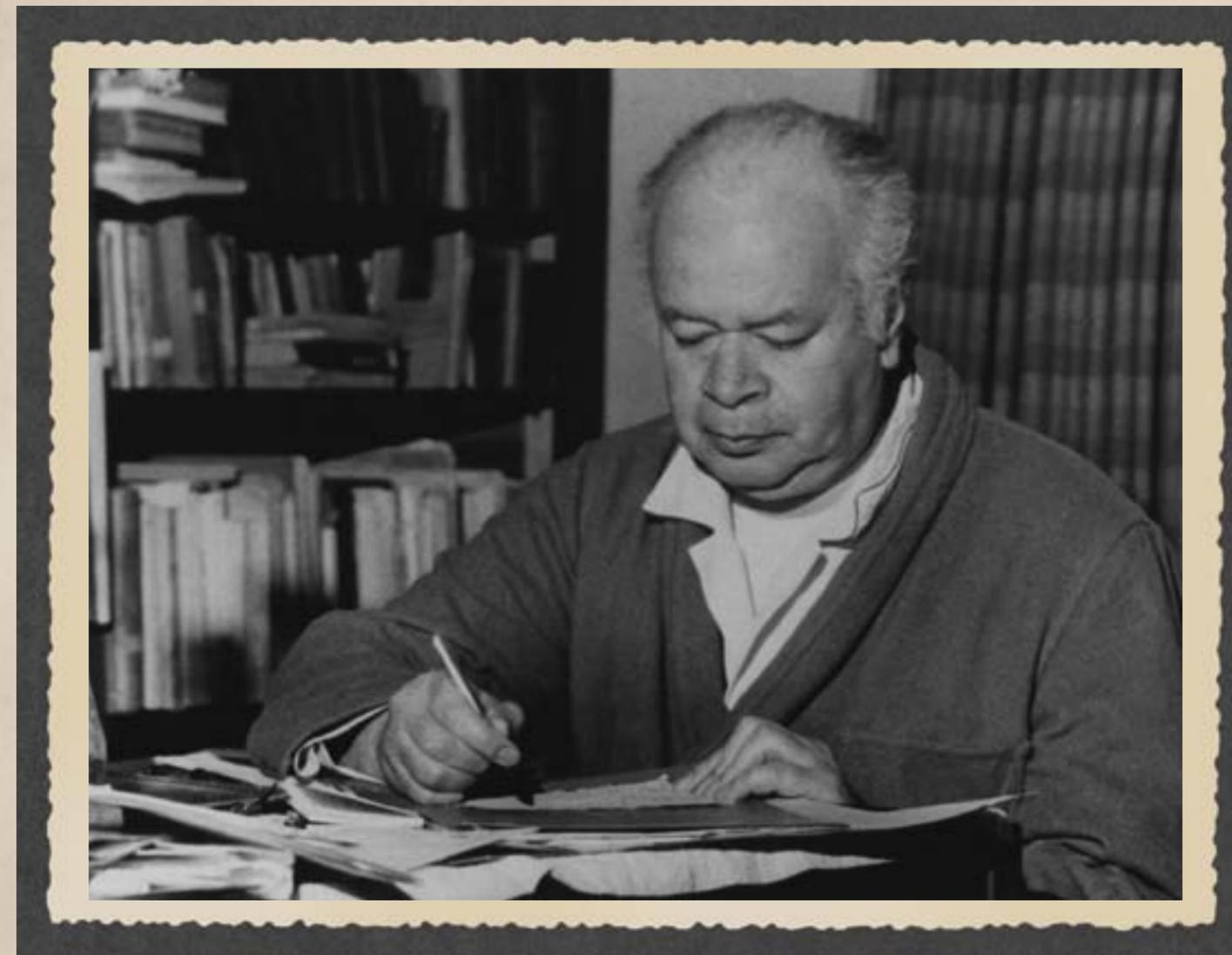
*Años hace que estreché tu mano
grande y varonil, como es costumbre
entre hombres que viven rectamente.
Simiente de la buena, desde entonces
nuestra amistad ha ido echando hueso,
multiplicándose en la tierra
que tú y yo, campesinos, conocemos
de tan grave manera.*

*Este importante siglo nos ha visto
con tu batalla tú, yo con la mía;
pero en tu casa para mí seguía
de par en par la puerta, el alma abierta
y el mantel oloroso a olivos de Levante.*

*Tú poema -qué digo- un ángel franco
nacía entre las cosas familiares:
el vino, el pan, el fuego, la belleza;
y era como volver a las haciendas
del páramo
o como recobrar de un solo trago
mi destino rural.*

*Un ancho y fuerte y verdadero día
quedaba entre nosotros para siempre...
Hace mil años justos que nos dimos
la mano en las cocinas ancestrales.*

Jorge Gaitán Durán



• Eduardo Carranza trabajando en su estudio.

*Hallo su rosa verdadera,
y pues fue varón verdadero,
tuvo su amor y su bandera*



• Familia Carranza Coronado de vacaciones en Constitución, Chile.

Querida madrecita:

Acabamos de regresar del verano en Constitución, linda playa de río y de mar. Los niños estuvieron dichosos. Engordaron y crecieron. Ramiro, que según él, es "valiente como Bolívar", se bañó en el mar e hizo su primera imagen: "el mar es como un caballo". La niña en cambio le tuvo miedo a "la agüita", como llama al mar. Juan también recibió un bautizo de agua salada sin llorar ni pestañear siquiera. Será capitán.

Hemos estado muy contentos y solo deseamos volver a verlos. Ojalá sea muy pronto. Encontramos una carta de Merceditas, a quien mañana le contestaré. Rosita te abraza y los niños te envían besitos. Te quiere mucho y te pide la bendición. Tu hijo: Eduardo.

• Mensaje a doña Mercedes, su madre, en el reverso de la fotografía.

Querida madrecita: Acabamos de regresar del verano en Constitución, linda playa de río y de mar. Los niños estuvieron dichosos. Engordaron y crecieron. Ramiro que según dice él es "valiente como Bolívar" se bañó en el mar e hizo su primera imagen: "el mar es como un caballo". La niña en cambio le tuvo miedo a "la agüita" como llama al mar. Juan también recibió su bautizo de agua salada sin llorar ni pestañear siquiera. Será capitán. Hemos estado muy contentos y solo deseamos volver a verlos. Ojalá sea muy pronto. Encontramos una carta de Merceditas a quien mañana le contestaré. Rosita te abraza y los niños te envían besitos. Te quiere mucho y te pide la bendición. Tu hijo: Eduardo.



• Eduardo Carranza en compañía de Eduardo Cote Lamus, Camilo José Cela y otros contertulios.

A Eduardo Carranza, bajo las campanas de Salamanca.

Leído por Eduardo Cote Lemus, en 1954, en un homenaje de la Universidad de Salamanca a Eduardo Carranza, en el Aula Fray Luis de León.

*Aquí, amigo Eduardo, bajo la sangre
de estas grandes campanas subidas en la luz,
bajo la sombra del eco de las torres, elevadas
como estaciones de un año indescifrable,
salido, sensible, casi sueño, volvía a encontrarme
con tus versos,*

*y me llegó Colombia tan adentro, tan arriba
que me puso nuevo corazón dentro del pecho.*

*Más abajo de estas venas donde siempre vive un hombre
crece un árbol, un niño, preguntando las cosas
con la voz llena de espacio y rodeado de espigas
y con los ojos de pie para mirar los sueños.*



*Por todas partes siento ríos, tus ríos, nuestros ríos
en esta Salamanca que también escucha el mar:
esos tiempos fluviales que rodean la patria
llevando el continente hacia el Atlántico
y que ahora nos circunda, como la luz en el alba,
inundándonos de Cauca, de frailejón, de llano.*

*Yo eché barcos de papel entre tus versos
para ir poema arriba hasta la tierra
donde nombres lejanos repiten ciudades
como ángeles de la guarda entre sus calles
-Buenaventura, Cartagena, Bucaramanga, Cali-*

*Allá, por el verano sentí un pueblo en mi cuerpo
y todas sus casas, sus parques, sus torres
se fueron pegando a mi piel,
se me fueron metiendo por los poros
dejándome una herida de heno en el costado.*

*Yo venía de muy lejos:
de una tierra dulcemente pronunciada
por la sed de orilla de dos mares
donde los poetas trabajan entre ricas palabras,
donde las montañas de ser tan altas son el viento
y donde los astros giran alrededor de las plantas.*

*Yo llegué a España en un otoño
cuando los árboles subían al calor de la savia,
cuando el sol se hacía hombre por Castilla
para mirar de cerca el Universo,
y cuando el trigo se alzaba de la tierra
con un sueño de paz en las espigas.*

*Allá en mi pueblo dejé una medianoche de amor
donde todavía me espera una sonrisa;
y aquí otro pueblo se me pegó en la sangre
con un estío que ya cumple más de un año.*

*Y luego en Salamanca adonde me vine a olvidos
hallé de pronto tu voz americana
que fluía también en los pétalos de Rosa
como enigma de amor lleno de espacio.
Y nos acompañaba Luis, con las sienas de frente hacia la patria.*

*Aquí, amigo Eduardo, en Salamanca,
donde las calles son tambores
que mantienen el eco de los sueños:
donde el eco de la tierra se revela
con un sonido vertical de cielo:
donde el eco es piedra y donde la piedra es fuerza
hacia arriba, esperando convertirse en ángel.*

*Unamuno y Fray Luis bajo los álamos
respirando el mismo aire de siglos.*



*Don Miguel, el iracundo, el pie firme,
con un temblor entre las manos contra sí mismas,
con sus gritos desde dentro, hacia lo hondo,
llenaron este cielo, donde otro amador o lo divino
entonaba flechas claras al nombre del Amado
y con los ojos en árboles de estaciones perennes.*

*Aquí, en esta Salamanca, Eduardo,
que sube de noche hasta las torres
para oír el vuelo que da vida a sus campanas,
que se devuelve tal Narciso de oro enamorado
hasta el agua donde navega el Tormes, donde
el viejo mar decidió ser río:
donde las calaveras se visten de rana en las fachadas
para llenar con sonidos el planteresco.
Aquí, en Salamanca, donde julio inventa primaveras
cada vez que se incendia en un poema.*

*“Fue cuando el alma apareció en columnas,
fue cuando el aire se agrupó en ventanas,
y la luz en techumbre que sostienen
muros de amor”.*

*“La Alhambra”
(1957)*

*Aquí sentí tus versos con altura de flecha,
Eduardo Carranza que no miras el suelo
porque sabes el día que hay después de las estrellas,
donde fúlgidos caballos pastan en el éter
la insaciable sed de su furor de cascos.*

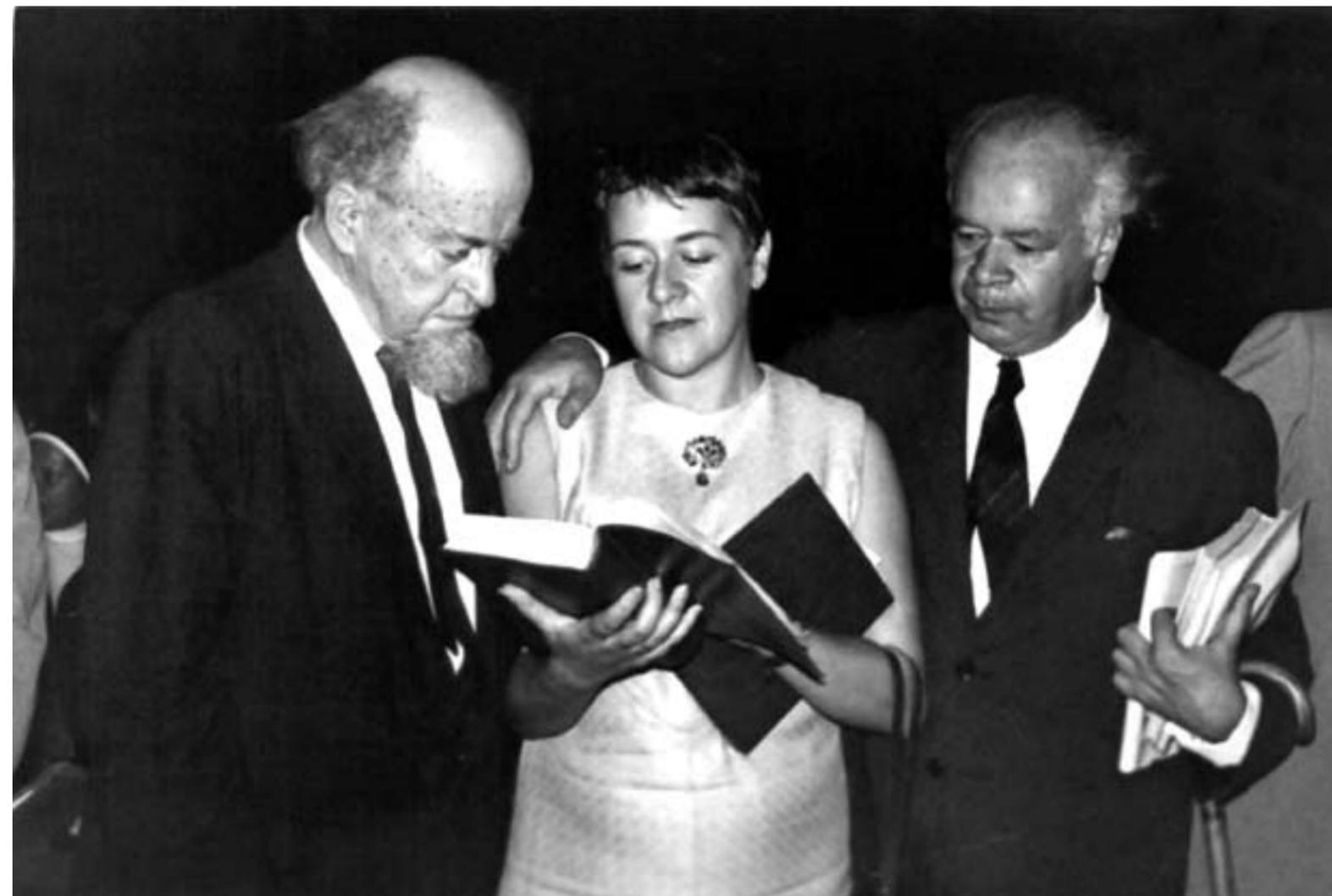
*Escuché tu azul, Eduardo,
oí caer de pie tu azul en la melancolía
como si América fuese una inmensa lágrima de tierra.*

*Yo tengo entre mis manos esta espuma
que de pronto se quiebra como un vaso,
que de pronto se rompe como el aire
al pasar por el sitio de los sueños.*



• Lectura de poemas en el patio de los leones de la Alhambra - Granada.

*fue cuando apareció en columnas,
fue cuando el aire se agrupó en ventanas,
y la luz en techumbre que sostienen
muros de amor*



: Eduardo Carranza en compañía de León de Greiff y Maruja Vieira.

“Si no hubiera sido por Piedra y Cielo, no estoy muy seguro de haberme convertido en escritor”.

Gabriel García Márquez





• Eduardo Carranza y Eduardo Caballero Calderón.



• Eduardo Carranza en España, junto a Salvador Dalí con sus respectivas familias.

Un adiós español a Eduardo Carranza.

"Eduardo Carranza: Regresa usted a Colombia...No se vaya usted, Eduardo Carranza; nosotros le queremos".

Azorín
Madrid, junio de 1958



• Eduardo Carranza junto a José Trinidad Martínez, Azorín.

Recuerdo el sol de los venados desde un balcón crepuscular. Los días nublados como nubes altas de un ciclo matinal.

“El poeta que en sus primeros poemas cantara las muchachas, el cielo azul de la patria y los amores y jardines de una juventud feliz, ha comenzado ahora un desgarrado peregrinaje por las más oscuras regiones del alma”.

Álvaro Mutis





• Eduardo Carranza junto a su madre y hermana en los ríos de la infancia.

¿Quién lo introdujo en la poesía?
¿Quién le insufló esa pasión por la poesía?

Fragmento de entrevista a Álvaro Mutis

Le voy a contar. Eduardo Carranza fue mi profesor de literatura española en el Rosario. En él tuvimos a un iluminado cuyas clases eran el desorden mismo. Un día entraba con esa cosa gallarda que tenía, así, muy engallada, de llanero, de hombre del aire libre, y empezaba a recitar a don Antonio Machado y después recitaba otras cosas de Juan Ramón. Al otro día era Góngora, y al otro nos leía una página de la novela de Valle-Inclán. Usted me dirá, bueno, esa no es manera de enseñar ni de darle a un joven un esquema válido de lo que es la literatura española. Pues oiga este milagro: él transmitía devoción por la palabra escrita en español. Auténtica devoción, a través de la fiebre de sus palabras, de la eficacia de su verbo. Yo salía como en trance, y recuerdo que quedábamos como iluminados, tocados, porque él estaba tocado. Él era un iluminado de la poesía, y yo, que ya entonces había escrito unos poemas pésimos en castellano y en francés, tuve muchas dificultades cuando empecé a aplicar esa devoción a mis cosas más profundas, a mis paisajes de Coello, de mi tierra caliente, a los mares que había conocido, a la nostalgia por cosas perdidas. No hay una sola línea de mi poesía en donde Eduardo no esté. Pero las que más me perturban y me tocan y vuelven a mi memoria, son las últimas. Y le voy a contar cuál fue mi último encuentro con Eduardo, porque allí hay una lección y creo que es el momento de decirla. Ya hemos mencionado el tema de esta charla. Eduardo fue golpeado en España por un grave ataque cerebral. Fui a verlo en el hospital, me acerqué, me reconoció. Hablaba con cierta lentitud y con ciertas lagunas. Me acerqué, le di

*Cuando muera ponedle en tierra,
con su tierra vestidle el sueño,
ponedle bajo su bandera,
donde el gallo poned la cruz
y solamente esté letrero:*

Aquí espera Eduardo Carranza.

un beso en la frente y le dije: "Aquí estoy". Estuve muy poco para no cansarlo, y cuando me di la vuelta para salir, me dijo: "Álvaro, que Dios te guarde. Que Dios te guarde, porque Dios existe". Y me lo dijo con la misma intensidad, con la misma convicción con las que me había enseñado la poesía.



• Eduardo Carranza en el crepúsculo de su existencia.

*que cuando apareció en columnas,
que cuando el aire se agrupó en ventanas,
y la luz en techumbre que sostienen
muros de amor*



Aquí espera Eduardo Carranza.

